

Arthur F. UTZ, *Ética económica*, «Monografías AEDOS», Unión Editorial, Madrid 1998, 346 pp., 13 x 20, ISBN 84-7209-321-2.

El padre Utz, que ejerció como profesor de Ética y Filosofía social en la Universidad de Friburgo desde 1945, es de sobra conocido por sus múltiples publicaciones, algunas de las cuales se han traducido al castellano. Unión Editorial ofrece ahora la parte cuarta (*Wirtschaftsethik*) de su obra *Sozialethik*, en una versión castellana y con introducción de S. García Echevarría, Catedrático de Política Económica de la Empresa de la Universidad de Alcalá.

El A. trata de presentar una exposición completa y ordenada de la Ética económica. Aunque formalmente el libro no va dividido en partes, pueden distinguirse dos atendiendo al contenido: una primera de carácter más general, que reflexiona sobre el conjunto de la economía y la naturaleza de su relación con la ética; y una segunda en la que se abordan algunos temas específicos: la propiedad privada, oferta y demanda, el precio justo, el beneficio, etc.

En los primeros capítulos se detiene en un breve apunte de definición de la economía como ciencia y de los diversos niveles de interpretación de lo económico: político, ontológico, ético y teológico. Respecto de este último, Utz analiza algunas posturas del ámbito protestante que juzga representativas, así como algunas afirmaciones de la teología católica que pueden servir de fundamento para la reflexión ética sobre la economía.

De particular interés resulta el capítulo tercero, que trata de superar la estrechez de la «racionalidad económica» presente en algunas versiones de corte determinista. El A. la entiende como

una aplicación, entre otras, de una razón más amplia en la que —precisamente porque contempla alternativas de fines y no sólo de medios— tiene también cabida el discurso moral.

Utz concibe la ética económica (frente a la *business ethics*, y también en prevención de la acusación de individualismo) como un discurso sobre los aspectos estructurales u organizativos de la economía y de la sociedad. Tal posición lleva a otorgar un peso excesivo al debate histórico sobre los sistemas de organización económica. Con independencia de la opción que se tome —Utz apuesta por la economía de mercado, aunque distanciándose de un liberalismo radical—, este aspecto empobrece, a mi juicio, el discurso ético, haciéndolo pivotar entre la condena utópica del mercado como sistema que pervierte el orden moral de la sociedad, y su consagración —con pequeñas correcciones— como realización del ideal de la justicia.

Con carácter general, el trabajo de Utz ofrece una visión panorámica sobre las cuestiones que hoy preocupan en el ámbito de la ética económica. Quizá pueda echarse en falta un hilo conductor que organice los temas que se tratan, les dé mayor cohesión y los engarce en una sólida visión de conjunto de la ética.

Rodrigo Muñoz

## PASTORAL Y CATEQUESIS

José María BARRIO MAESTRE, *Elementos de Antropología Pedagógica*, Rialp, Madrid 1998, 271 pp., 14,5 x 21,5, ISBN 84-321-3167-9.

Como el autor afirma en la introducción de su libro, la Antropología de la Educación es una disciplina de muy

reciente aparición en los planes de estudios de las Universidades españolas, a diferencia de lo que ocurre en Alemania y Estados Unidos donde dicha materia cuenta ya con una tradición escolar consolidada y un gran volumen de bibliografía especializada. Este libro se propone como un posible texto para los estudiantes de Pedagogía y Ciencias de la Educación, desde una neta perspectiva filosófica y antropológica. La claridad de la exposición y la linealidad del discurso se mantienen a lo largo de la obra; y al mismo tiempo, se mantiene el rigor y profundidad característica de un texto universitario.

La conexión intrínseca que existe entre Pedagogía y Antropología Filosófica queda subrayada desde el arranque del libro y tiene sus raíces en el ideal clásico de *paideia*. Puesto que la Pedagogía no es simplemente un elenco y evaluación de métodos y técnicas de enseñanza, la actividad educadora necesariamente está unida a una concepción antropológica, que se constituye como modelo e ideal de la educación. En otras palabras, la tarea educativa no puede eludir la pregunta acerca del hombre, puesto que siempre una implícita concepción del hombre guiará la actividad pedagógica. En dicha concepción del hombre son centrales las preguntas sobre la libertad, la ética, la dignidad personal, la naturaleza y la cultura, etc. Estas preguntas se encuentran planteadas en las páginas de este libro y se apuntan unas respuestas coherentes con una visión cristiana del hombre.

En el capítulo primera se abordan estas cuestiones desde una perspectiva histórica, mostrando un marco general de las corrientes y tendencias actuales de la Antropología Filosófica y más concretamente de la Antropología Pedagógica. Ya desde esas primeras pági-

nas se muestran los ejes principales en los que se basará la exposición. En primer lugar, la captación de la peculiar idiosincrasia humana por la cual el hombre es un ser que necesita aprender a vivir como lo que es, a diferencia de lo que ocurre con los animales cuya carga instintiva no hace necesaria la educación: el animal ya sabe comportarse como tal de manera espontánea. Sin embargo, el hombre necesita aprender a vivir plenamente como hombre porque puede acabar viviendo «como un animal». En segundo lugar, la educación de la persona debe entenderse principalmente como «autoeducación», donde el principal agente educativo es el mismo educando: la noción de autoeducación está solidariamente ligada a la libertad como autodeterminación de la persona a través de sus actos.

En el segundo capítulo se exponen los diversos modelos antropológicos que históricamente se han propuesto como fundamento de la acción educativa. Estos modelos antropológicos —según el autor— pueden resumirse en tres: el ideal clásico del Occidente cristiano (Platón, Aristóteles y Tomás de Aquino), el llamado dinamicista-biológico (evolucionismo y positivismo sociológico) y el modelo marxista. Después de analizarlos separadamente así como sus consecuencias desde el punto de vista educativo, el autor propone otros modelos alternativos o complementarios que se dan en la actualidad (Antropobiología, conductismo, el modelo cibernético y el modelo del análisis existencial de la logoterapia). De manera explícita se decanta hacia el ideal clásico porque en su opinión da acabada cuenta de la complejidad dual del hombre: cuerpo y alma, «espíritu encarnado». El modelo antropológico clásico permite integrar de manera armónica aquellos aspectos corpóreos (la carga

instintiva) y los aspectos espirituales en donde se abre el espacio de la libertad. De esta manera se puede hablar de una concepción antropológica materialista, pero no entendida de manera reductivista: el hombre es cuerpo, pero no sólo cuerpo material. Con esta afirmación «materialista» abierta al espíritu, se evita caer en un utópico espiritualismo, al tiempo que el hombre se abre a la trascendencia por su espiritualidad.

En las páginas del tercer capítulo se profundiza en la idea del hombre como no-instintividad pura, que le hace ser un viviente biológicamente inviable; pero esa misma indeterminación instintiva queda colmada y superada por su racionalidad. Se concibe así al hombre como «ser de realidades» por su peculiar estatuto ontológico, gracias al cual es capaz de «hacerse cargo de la realidad» en expresión heideggeriana (ya sea cognoscitivamente, ya sea volitivamente). Pero el hombre es también un «ser de irrealidades» porque se abre al futuro mediante sus proyectos vitales: esta noción la toma del filósofo Millán-Puelles, de quien el autor se muestra deudor explícitamente. El hombre es un ser inacabado, y esto explica la necesidad de la educación para completar las perfecciones que son percibidas en un primer momento como meramente potenciales.

A lo largo del cuarto capítulo se ahonda en la concepción clásica del hombre abordando la cuestión de la dignidad de la persona humana que constituye el horizonte en el que se desarrolla la tarea educadora. El punto de partida de la reflexión sobre la dignidad personal es el hecho de experiencia de la captación espontánea del valor intrínseco de la criatura humana sobre otros seres. En esas páginas recoge una acertada síntesis acerca de las notas esenciales de

la persona humana: individualidad y referencialidad, interioridad y exterioridad. Se pregunta también sobre el fundamento de la dignidad personal, presentando las explicaciones kantiana y la positivista, haciendo ver las limitaciones de ambas para acabar concluyendo que la fundamentación teocéntrica (sin cerrarse de modo excluyente a otras explicaciones) aporta las coordenadas suficientes para fundar la dignidad personal humana.

Pero la dignidad personal no es tan sólo una calificación ontológica y estática. Dicha dimensión existe ciertamente como fundamento, pero la dignidad personal presenta un aspecto dinámico en la que se implican las dimensiones morales de la persona. En efecto, no basta sólo poseer unas capacidades propiamente humanas, sino que es preciso desarrollarlas para realizar existencialmente la dignidad personal. En otras palabras, la dignidad personal no es sólo un punto de partida, un valor meramente recibido pasivamente; se trata también de un valor que se ha de conquistar ejerciendo la libertad. En este punto entra el juego la tarea educativa como una ayuda o facilitación de las tendencias genuinamente humanas.

En este contexto se sitúa el detenido tratamiento llevado a cabo en el capítulo quinto dedicado a la libertad. El planteamiento de la libertad presentado por el autor responde a la clásica distinción de tres niveles: libertad trascendental, libre arbitrio y libertad moral. Es en este último nivel donde incide de manera más directa la tarea educativa. Como base de su exposición, el autor propone una noción clave: la «habilitación» de la libertad. El fin esencial de la educación no es por tanto la mera transmisión de contenidos teóricos, ni mucho menos la adquisición de habili-

dades técnicas, actividades todas ellas que afectan de modo epidérmico al núcleo personal. La actividad educativa tampoco se propone como objetivo el inculcar unas prácticas de conducta moral, como si ésta se tratara de una actividad más del hombre. La educación es mucho más que todo eso: se propone reforzar las tendencias «naturales» del hombre como persona, facilitando el ejercicio adecuado de la libertad. Por eso toda la tarea educativa está llena de resonancias morales: si la educación supone una habilitación de la libertad, no toda habilitación de la misma es igualmente válida, puesto que existen decisiones libres que refuerzan el ser propio del hombre, es decir, hacen configurarse al hombre como persona; mientras que otros usos de la libertad contradicen la naturaleza personal del hombre. En esto consiste, con palabras tomadas del profesor Millán-Puelles, la ética como «la libre afirmación de nuestro ser». La educación refuerza las inclinaciones naturales del verdadero ser personal.

Los dos últimos capítulos suponen un tratamiento más detenido de las implicaciones éticas de este planteamiento. Toda tarea educativa supone siempre (se quiera o no) una educación en los valores humanos. Pero ¿cuáles son esos valores? El autor se aleja conscientemente de concepciones relativistas o sociológicas que implican un vaciamiento axiológico de la conducta, porque en dichas concepciones se hace depender el valor de factores extrínsecos al ser del hombre. En otras palabras, aun reconociendo la existencia de valores meramente históricos y culturales, no se puede obviar la existencia de unos valores enraizados en la misma naturaleza humana, valores que constituyen criterios de conducta objetivos en vistas a la maduración de la persona humana. Esos valores son de tipo intelectual,

moral y afectivos que deben crecer de modo armónico en la persona humana, que se termina abriendo necesariamente a los valores trascendentes y religiosos.

A lo largo de estas páginas se logra realizar una clara y atractiva síntesis de los principios antropológicos de la educación. No obstante, dado el carácter sintético de dicha exposición, algunos de los temas precisarían una ulterior profundización. Esto se muestra por ejemplo, en la exposición del modelo antropológico evolucionista, en donde se recogen las formulaciones más antiguas y radicales de Darwin y Lamarck según las cuales los principios evolucionistas serían incompatibles con la doctrina creacionista. Existe, en efecto, un evolucionismo materialista cerrado a la trascendencia y a la acción creadora de Dios. Pero existe también un «evolucionismo creacionista» o una «creación evolutiva», según las cuales no habría intrínseca contradicción entre los postulados evolucionistas y la noción metafísica de Creación. Dicha concepción evolucionista abierta a la trascendencia ha sido incluso recogida recientemente en algunos documentos magisteriales. Así por ejemplo, Juan Pablo II prefiere hablar las teorías de la evolución, destacando la diversidad de filosofías que sustentan el evolucionismo científico, de tal modo que «existen (...) lecturas materialistas y reduccionistas, al igual que lecturas espiritualistas» (Mensaje de SS. Juan Pablo II a los miembros de la Academia pontificia de ciencias. 22.X.1996).

Con todo, este libro cumple de modo muy satisfactorio los objetivos planteados. Constituye sin duda un texto claro, sintético y clarificador acerca de la Antropología Pedagógica. Sus planteamientos se encuentran bien perfilados y expuestos con convicción. El rigor de la

exposición viene garantizado por una extensa y variada bibliografía perteneciente a muy diversos ámbitos. Los planteamientos antropológicos clásicos vienen enriquecidos por las aportaciones de la filosofía moderna y contemporánea que hacen de este libro una obra equilibrada y verdaderamente formativa. Para profesores y alumnos de nivel universitario.

José Ángel García Cuadrado

**Pedro BETETA**, *El amor de Dios Padre por los hombres en la enseñanza de Juan Pablo II*, Ed. Palabra, Madrid 1998, 215 pp., 12 x 19, ISBN 84-8239-266-2.

En la recta final de preparación del Gran Jubileo del 2000, el año 1999 está dedicado a Dios Padre. Secundando la invitación de Juan Pablo II, el autor ha recogido las abundantes enseñanzas del Pontífice sobre este tema. La línea de fuerza que ha escogido ha sido la idea, repetida en diversos escritos del Papa, pero especialmente en la encíclica *Dives in misericordia*, según la cual la vida cristiana es una gran peregrinación a la casa del Padre. Un Padre que está esperando siempre a su hijo pródigo, dispuesto a perdonarle y colmarle de dones; el hijo debe reconocer su pecado, iniciar el proceso de conversión y acudir humildemente al encuentro de su Padre Dios.

Los títulos de los diversos capítulos son suficientemente significativos para descubrir este hilo conductor: En el jubileo del Hijo de Dios; Cristo, el Hijo de Dios Padre, ayer y hoy; Dios Padre, creador de todas las cosas; El fracaso del hombre; La paternal providencia de Dios; La misericordia de Dios es la esencia del mensaje mesiánico; Entrar en el tercer milenio por la puerta del perdón;

Dios Padre ama tanto al mundo que nos entrega a su Hijo; La Paz es un don de Dios; Tanto ama Dios al mundo que nos da por Madre a su «hija».

Como advierte el autor, excepto el prólogo y los títulos de los capítulos y parágrafos, los textos son exclusivamente del Santo Padre. Sin embargo, Beteta ha sabido elegir, en el extenso magisterio de Juan Pablo II, textos importantes y significativos, y los ha hilvanado de forma que el texto tiene una gran unidad y evidencian, de forma clara, los grandes temas propuestos: el inmenso amor de Dios Padre, que a pesar de las ofensas y abandonos de sus hijos, está pendiente de ellos, ofreciéndoles su misericordia y su perdón. La parábola del hijo pródigo es como la falsilla o decorado sobre el que discurre la vida del hombre.

Será sin duda un libro de utilidad para ese último año de preparación del Jubileo, con un buen grupo de textos que dan luces sobre temas que, desde el punto de vista teológico y pastoral, puede ser interesante profundizar.

Jaime Pujol

**Enrique CASES MARTÍN**, *Los doce apóstoles*, EUNSA, Pamplona 1997, 337 pp., 14,5 x 21, ISBN 84-313-1474-5.

Libro para introducirse en la vida de los Doce Apóstoles según lo que nos cuentan los Evangelios. En los dos primeros capítulos el autor hace unas consideraciones de conjunto sobre los Apóstoles: en el primero se contempla su llamada al seguimiento de Jesús, es decir, su vocación; y en el segundo cómo el Maestro los forma. Los siguientes capítulos van tratando a los Apóstoles, uno a uno, excepto el capítulo quinto donde trata conjuntamente a los «dos santos».